

# Historia de un beso

Sebastián Pedrozo

loqueleg

## Abejas y flores marchitas

Cerré la puerta del auto y miré hacia adentro. La cara cómplice de mi padre apareció por la ventana alcanzándome la mochila; dentro estaba el material fundamental para llevar a cabo mi propósito en Piriápolis.

11

—Cuidate Juan —suplicó mi padre—, cualquier cosa llamame, estamos en la Reserva de Pan de Azúcar con mamá. ¿Estás seguro de que querés hacer esto? Mirá que es muy difícil, hay mucha gente en la calle. Además, hace un calor terrible.

—Papá... no pasa nada —lo tranquilicé—. Voy a andar por la rambla, nada más, no me voy a alejar. Acordate de lo que hablamos. No te preocupes.

Mi padre aceptó sin convencerse demasiado de mi fingida seguridad y, al arrancar el auto, apareció delante de mí la magnífica rambla de Piriápolis, decorada, como siempre, por sus elegantes palmeras que yo necesitaba más que nada en el mundo.

Qué hacía yo ahí, parado, en esta ciudad, lejos de mi barrio en Montevideo, es una historia bastante larga. También resultaría interesante que yo les contara

qué tenía dentro de la mochila. Esa es una historia igual de larga y complicada.

A pesar de que era muy temprano, ya la gente corría alocada hacia la playa para darse un refrescante baño matutino en el agua helada.

Apoyé la mochila sobre el cordón de la vereda, la abrí, toqué en su interior y sentí que allí estaba todo lo que necesitaba, pero eso sólo hizo que me pusiera más ansioso.

12

Me esperaba, pues, una jornada llena de incertidumbre, de incógnitas que después de mucho tiempo se iban a develar.

Estaba tan ansioso por comenzar mi tarea, que mi pecho parecía un redoble de tambor constante.

Ustedes pueden optar por el camino corto para conocer el desenlace de toda esta historia. Quizás quieran leer el último capítulo. Y ya está, facilísimo. Sin embargo, hay lectores que prefieren recorrer el camino más largo, que en ocasiones significa un camino a la desesperación, a la ansiedad, a la inseguridad. Pero, sin duda, cuando se ha andado mucho, el punto de llegada resulta más placentero, porque se lo ha saboreado más.

Lo mismo que la abeja que se ha alejado de la colmena en busca de una flor nunca antes vista ni admirada, original, con un aroma único.

## Juego y castigo

—No voy a jugar— le dije a todos, y me senté en el murito de doña Felisa.

13

Estaban conmigo Mauro, Esteban y Rolo. Nosotros cuatro, amigos desde el jardín, ahora estábamos en primer año de liceo y siempre teníamos las mismas discusiones por aquellos juegos.

Ellos sabían, perfectamente, que no me gustaba jugar por prendas. Odiaba perder y tener que pagar con un castigo planeado por mis tres amigos. Quien planea una prenda para su rival quiere terminar con el vencido, lo humilla, lo hace pasar mal. En definitiva, lo tiene a su merced. Pero lo más terrible para el perdedor es que nunca se trata de un castigo privado, siempre se debe sufrir frente a los demás.

Mis amigos me conocían demasiado como para adivinar lo que más me molestaba en el mundo. Pero ese día en especial, ellos no tuvieron nada que ver con lo que me sucedió.

Aquel día, yo solito me impuse el castigo al querer jugar a la carrera de agua —ya lo verán más

adelante—. Fue mi única escapatoria a la situación planteada. ¿Qué podía hacer?

Sólo me quedaba eso o correr en la dirección contraria al lugar donde aparecían los problemas. Y no tenía el valor para hacerlo.

14 Ustedes se preguntarán a esta altura, al borde de la desesperación, qué demonios es la carrera del agua. Una cosa muy sencilla: se trata de colocarse en una esquina de la calle más empinada del barrio con un pomo (puede ser de vinagre Gamberoni, esos verdes, por ejemplo) de agujero finito, y allí todos los participantes en la misma línea deben llegar al otro lado de la cuadra con un chorrito de agua.

Debemos aclarar que todos tienen que tener la misma cantidad de agua, son reglas muy sencillas. Parecerá un juego muy estúpido, puede ser, nadie lo duda, pero ¡vaya si es emocionante ver cómo los participantes van dosificando y alimentando el líquido para que el chorrito llegue a su destino!

No hay que olvidar que las calles están divididas por paños, que dificultan los desplazamientos del agua, pues hay unas profundas canaletas que entorpecen el pasaje del chorrito de un paño a otro.

Ahora, ¿por qué agua? Porque es barata. ¿Qué creían? ¿Que íbamos a jugar con aceite de oliva?

Una vez, Mauro se equivocó y trajo de su casa un pomo con hipoclorito y, sin saberlo, al terminar una carrera que había perdido y estaba recaliente, le tiró

el sobrante del pomo a Rolo, en la espalda. El pobre se fue para la casa sin saber que su recién estrenada camiseta del Barça tenía una hermosa franja blanca entre el azul y el rojo.

Ahora, en vez de tener la camiseta del mejor jugador del mundo (es decir, Ronaldinho) tenía la de RO... NHO. Pobre Rolo, es un pibe sin suerte.

—¿Cómo que no vas a jugar, Juan?— me preguntó Mauro.

—No, con prendas no. Ustedes son tremendos, siempre tienen un castigo pensado, y los peores son para mí. Se acuerdan del papelón que me hicieron pasar hace un mes, en el liceo... ¡ah! ¿no se acuerdan? Vos, Esteban, me obligaste a que cumpliera como castigo una prenda en la clase. ¡Claro, se olvidaron..! Tuve que preguntarle al profesor de Historia lo que que más odia: ¿para qué sirve la Historia, profefeeee...? El tipo me quería matar. Me dijo que le estaba tomando el pelo, que era un inmaduro y que no podía estar en el liceo. Resumiendo: quedé pegado como moco debajo de la silla. Todo por culpa de ustedes y sus prendas. Si, ya sé que van a decir que a Rolo lo hicieron bailar una cumbia en calzoncillos en la parada del ómnibus, pero eso no cuenta, porque a él le gusta hacer payasadas, la vida para él es un circo. Y para mí no.

Cuando terminé de explicar mis motivos a los tres, Mauro me dio la espalda, metió las manos en los bolsillos y pateó su pomo hacia la calle suavemente. Luego

escuché que decía en voz muy baja y ,seguramente, mirando a los demás:

—Maricón...

Todos se rieron y yo me puse de pie enseguida, miré mi pomito Cif (la sigla quería decir, para mí, Chorro Intensamente Fuerte) con mi nombre grabado y la inscripción: EL TSUNAMI DE SAYAGO.

## La hora de la verdad

17

—Ahora van a ver, vamos a jugar y van a perder. ¿Maricón yo? Ya me tienen podrido con todo esto. Si gano los hundo. No van a querer jugar más con prendas y se les van a ir de una vez por todas las ganas de decirme maraca, mariquita y esas cosas. Más vale que tengan pasaporte porque se van a tener que ir del país cuando yo los castigue.

¿Jugamos con medio litro o un cuarto?

Y sí, me habían atrapado de nuevo, iba a jugar. Pues me molestaba cuando ponían en duda mi valentía, aunque más bien lo que siempre hacían era asegurar mi cobardía. Yo, por esos días, intentaba siempre demostrar lo contrario; aquello se había transformado en una obsesión. Una obsesión que, como verán más adelante, me llevó a enredarme en muchísimos problemas.

Pero ahora nos dedicaremos a la carrera que está por comenzar.

Nos formamos en línea en el punto más alto de la calle. Calculamos la misma cantidad de agua para cada

participante. El primero en llegar a la esquina gana. Y él último se hunde en la angustia de saber qué castigo le será impuesto. Porque antes se juega, después viene el castigo.

En el momento en que apuntábamos hacia la calle con nuestros recipientes, miré a Rolo. Estaba totalmente distraído, mirando hacía la casa de doña Felisa. De pronto, la puerta se abrió y salió una chica (pero no una chica cualquiera del barrio): era Lola, la sobrina de doña Felisa, que pintaba cuadros rarísimos, pero lindos.

Y todo se detuvo. Dejamos de atender la carrera y comenzamos a mirar detenidamente a aquella chiquilina de pelo negro y ondulado, alta y segura. Como ven, Lola era linda. Pero lo peor de todo era que era simpática. No hay nada más lindo que una chica hermosa que no sabe que lo es y que, al ser totalmente natural, su belleza encandila a todo el que la ve.

Pasamos tardes y tardes buscándole defectos. Mauro pensó que capaz tenía olor a pata. Rolo imaginó una Lola de muy mal aliento, Esteban le inventó gases cuando dormía, y yo, por más que quise y quise, no me la imaginé con ningún defecto, porque aunque los tenga, y seguro los tiene, me gustan todos.

La verdad es que Lola no tenía ningún aroma desagradable de esos que le inventamos para hacerla un poco más cercana a nuestra imperfección.

Aunque cueste creerlo, Lola olía a reina de la noche, esa flor que emana su fragancia en las noches

de verano. Es en serio. Cuando caminaba, el aroma se expandía como si explotara desde su pelo larguísimo.

El último verano, el aroma era tan intenso que, una noche en el club, mientras jugábamos a las maquinistas, me dio dolor de cabeza. Lo raro de todo esto, es que sólo nosotros notamos esa particularidad de Lola. Y no nos animamos a decirles a los demás, por miedo a que se burlaran de nosotros.

Al parecer, yo era el más atento a los movimientos de Lola cuando salía de la casa de doña Felisa, que en ese momento nos veía y se dirigía hacia nosotros.

Esteban, que no me dejaba tranquilo tampoco con este tema, me dijo:

—Eh, Juan, ¿por qué no le ponés baba al pomo? Así no podés perder...

Desde hacía mucho tiempo, no era un secreto para nadie que yo estaba enamorado de Lola.

Ella se acercó a nosotros con su sonrisa de siempre. Parecía muy entusiasmada por algo que desconocíamos, pues nos saludó a todos con un beso y dando pequeños saltitos. Rolo la miraba con la boca abierta. Esteban se reía mirándome, Mauro empezaba a imitar sin querer los saltitos de Lola. Y yo, bueno, ya se imaginan.

—¿No saben qué hay en el baldío?— preguntó ahora, sin dar saltitos.

—No, no sabemos —dijimos todos a coro—.

—Y sí, qué van a saber... si se la pasan jugando a esa pavada desde que tenían cinco años. ¿No se aburren de gritarles a los chorros de agua que bajan por la calle?

—No, no nos aburrimos...

—Bueno, ya veo que están totalmente al cuete así que les comento que ha llegado un circo gigante al barrio, pero gigante gigante, de esos grandes en serio. Están descargando algunas cosas. Hoy pasé por allí y estaban apilando leña. Al parecer, van a hacer una fogata, pero van a tardar mucho en descargar todas las cosas, porque hay cajas y cajas cerradas, así que...

Yo la miraba sin pestañear, sosteniendo el pomo de Cif (tapando la inscripción porque me daba vergüenza, qué iba decir ella de que me tomara tan en serio la carrera de agua) y su boca se movía y dejaba escapar una vocecita que no era ni aguda ni grave, ni suave, ni dura, era una voz que se adecuaba, con gracia, a su forma de ser. Era una voz tierna.

—Bueno, pero ¿qué les pasa? Están siempre en la suya, nunca me dan bola (no Lola, no. Eso no, por favor, pensamos también a coro, sin poder articular una vocal)— decía Lola, mirando al suelo—. Tenía ganas de ir a ver cómo descargaban las cosa del circo, pero me parece que están más ocupados con sus carreras de pomitos.

—De agua, Lola, de agua— otra vez a coro.

¡Qué tarados somos, por favor!